

Antología  
CARA PARENS

# Cuento corto y poesía 2017



Universidad  
Rafael Landívar  
Tradicón Jesuita en Guatemala







Antología  
CARA PARENS

# Cuento corto y poesía 2017



EDITORIAL  
**CARA  
PARENS**  
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad  
**Rafael Landívar**  
Tradicón Jesuita en Guatemala

863.7281  
A634

Antología Cara Parens : cuento corto y poesía 2017  
José Javier Gálvez ... [ y otros ]. -- Guatemala:  
Editorial Cara Parens  
de la Universidad Rafael Landívar, 2019.

viii, 40 páginas  
ISBN de la edición física: 978-9929-54-255-6  
ISBN de la edición digital: 978-9929-54-256-3

1. Literatura guatemalteca
2. Cuentos guatemaltecos
3. Poesía guatemalteca
- i. Gálvez, José Javier ... [ y otros]

SCDD 21

## ANTOLOGÍA CARA PARENS CUENTO CORTO Y POESÍA 2017

Edición, 2019

Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, siempre que se cite la fuente.

D. R. ©

Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar  
Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16, Edificio G, oficina 103  
Apartado postal 39-C, Ciudad de Guatemala, Guatemala 01016  
PBX: (502) 2426-2626, extensiones 3158 y 3124  
Correo electrónico: caraparens@url.edu.gt  
Sitio electrónico: www.url.edu.gt

Revisión, edición, diseño y diagramación por la Editorial Cara Parens.

Impresión por Industrias L. H.

Las opiniones expresadas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente compartidas por la Universidad Rafael Landívar.



# ÍNDICE

Presentación	vii		
<b>CUENTO CORTO</b>	1	<b>POESÍA</b>	25
<b>El escritor</b>	3	<b>Asalto de cuna</b>	27
José Javier Gálvez		Luisa Fernanda Urbina Orellana	
<b>30</b>	7	<b>Fugitivos</b>	29
Evelyn Stephanie Martínez Marroquín		Gabriel Alejandro Fuentes Sandoval	
<b>En la carretera</b>	11	<b>Me pareció haberte visto</b>	31
Oseas David Patzán Chaicoj		José Javier Gálvez	
<b>La llegada</b>	13	<b>Lúcida desesperación</b>	33
Diego Alerto Boy Mansilla		Alejandra Aracely López Lutín	
<b>El camino de la vida</b>	17	<b>Pasaje de rosas blancas</b>	35
Víctor René Treminio Parada		Andrea Regina Reula Aparicio	
<b>En su espejo</b>	21	<b>Al fin y al cabo</b>	37
Edna Jimena Aguilar Rodríguez		Jonathan Ricardo Samayoa Martínez	



# PRESENTACIÓN

La Editorial Cara Parens de la Universidad Rafael Landívar tiene el agrado de presentar el tercer volumen de la Serie Antología Cara Parens. Desde el 2015 se ha promovido el espacio para que jóvenes landivarianos participen en la conmemoración del Día Internacional del Idioma Español y Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor, con sus escritos en las categorías de «cuento corto y poesía». La convocatoria fue dirigida a estudiantes del Campus Central y campus y sedes de esta casa de estudios.

Entre el grupo de participantes, cuyas obras conformaron una respuesta significativa, se determinó a cinco ganadores por categoría, seleccionados por un jurado profesional y con experiencia en el ámbito literario. El contenido de los textos se valoró por su aporte creativo y original, dio como resultado la presente recopilación *Cuento corto y poesía 2017*.

Agradecemos a la comunidad estudiantil landivariana por la confianza y participación en este proyecto, y a todos los que colaboraron en hacer posible la publicación de esta antología.

Editorial Cara Parens



# CUENTO CORTO

**El escritor,** José Javier Gálvez

**30,** Evelyn Stephanie Martínez Marroquín

**En la carretera,** Oseas David Patzán Chaicoj

**La llegada,** Diego Alerto Boy Mansilla

**El camino de la vida,** Víctor René Treminio Parada

**En su espejo,** Edna Jimena Aguilar Rodríguez





# EL ESCRITOR

**JOSÉ JAVIER GÁLVEZ**

Campus Central

Era de noche. El silencio lo rompía únicamente el sonido hosco de las teclas de su máquina de escribir. Irregular, pero imparable. Una tras otra, se sucedían las letras en la hoja de papel amarillento que la máquina sostenía. Poco a poco se impregnaba de tinta en formas peculiares que la máquina no entendía. Ella solo obedecía.

La pequeña lengua de fuego de la lámpara de aceite a su derecha también observaba con atención. No entendía nada, pero no se atrevía a hacer preguntas. El escritor estaba muy empeñado en su tarea. Con el ceño fruncido y un cigarrillo inmóvil bajo el bigote blanquecino, no apartaba la vista de la hoja, ni un segundo.

Nadie en la sala recordaba cómo había empezado todo. Pero todos sabían que había sido muy lento. Y que ahora iba más rápido. Sin embargo, aún le costaba un esfuerzo mayúsculo. Las manos temblorosas se entumecían a veces, pero eso no lo detenía. Él seguía oprimiendo las teclas de la máquina, sentado en un banquito de madera y con la espalda muy encorvada, sin limpiar nunca las eventuales gotas de sudor que aparecían curiosas por su frente arrugada.

Tenía que terminar. Tenía que hacerlo.

Las hojas de papel llenas de símbolos de tinta se apiñaban a su izquierda, imponentes. Pero aún no había terminado.

El haz de luz que la luna emanaba ilumina justamente su rostro cansado. Ese mismo haz de luz se preguntaba qué haría el escritor. Claro que no podía llamarlo escritor, porque no sabía lo que este era.

El haz de luz había aparecido hacía apenas unas horas. Era joven y curioso, y había entrado por la ventana sin pedir permiso, creyendo que dentro todos estarían dormidos, y resultó no ser así. Al ver a todos inmóviles, menos al escritor, se quedó muy quieto, expectante, durante la larga noche. Quería saber qué hacía aquel hombre, en verdad quería.

Como el tiempo no había logrado entrar en la habitación, no detuvo su paso. Los primeros rayos de sol sorprendieron al haz de luz de luna aún sobre el rostro del hombre. Tendría que haberse ido hace mucho.

Justo cuando lo pensaba, dejó de escuchar el sonido de las teclas de la máquina. El hombre contuvo la respiración por unos instantes. Lentamente, retiró la hoja de papel, llena también de tinta, y la puso frente a sus ojos.

Muy despacio, sonrió. Puso la hoja junto al montón a su izquierda y giró un poco su torso hasta alcanzar con el brazo una soga finísima, con la que ató el extremo izquierdo del montón de hojas. Luego, las pegó a una pasta gruesa y volvió a poner el producto final sobre sus ojos.

Volvió a sonreír y lanzó una leve, pero sonora y profunda risa.

Todos a su alrededor compartieron su felicidad. Una felicidad extraña. El escritor se sentía completo. Sus manos ya no temblaban. Su frente ya no estaba arrugada. Puso el cigarrillo en el cenicero y se observó a sí mismo en las páginas que acababa de terminar de escribir. Se sentía completo. No en el libro, que era solo un espejo, sino en su cuerpo. Se sentía más vivo que nunca.

Había terminado de escribirse.



# 30

**EVELYN STEPHANIE MARTÍNEZ MARROQUÍN**

Campus Central

Ya había intentado de todo. La buscó en la AppStore para borrarla desde ahí, la intentó desinstalar desde los ajustes, y aunque decía que todo había sido exitoso, la app seguía ahí. Ella no la había instalado, ayer la vio por primera vez cuando iba a responder un mensaje. Intentó abrirla, pero no funcionaba. Temió que fuera un virus.

Ana la observó por un momento. Era un cuadro rojo oscuro con un ojo abierto dibujado al frente. Debajo, donde debía aparecer su nombre, aparecía el número 30. Está decidido, mañana lo lleva a la tienda para que se lo arreglen. Tal vez sí es un virus.

Conectó el teléfono a la corriente, se dio media vuelta en su cama y cerró los ojos. Le llegó una notificación. Seguro olvidó encender el modo no molestar. Se incorporó de nuevo y tomó el teléfono entre sus manos. Al ver la pantalla, lo dejó caer al suelo.

«Tienes una notificación de “30”. Desliza para ver».

El miedo y la curiosidad la dominaron, y abrió la notificación. Era una burbuja de texto con un solo botón en blanco que decía cuatro palabras: «Sal de la casa».

Su corazón se detuvo. ¿Qué está pasando? No pudo pensar mucho tiempo, pues el botón que estaba en blanco ahora tenía un número treinta. Y comenzó a contar para atrás. Ana dejó presionado el botón de apagado y deslizó el ícono que apareció en su pantalla. El teléfono pareció apagarse, pero la pantalla negra no duró ni un segundo antes que regresara a su pantalla principal, con el mensaje enfrente. Había cambiado. Ahora decía «Primer strike». Al leerlo, Ana sintió una presión horrible en el abdomen. Como si alguien estuviera tratando de sacarle el estómago con la mano. Ningún malestar que hubiera sentido antes se comparaba. El teléfono sonó.

«Sal de la casa».

29...28...27...

Ana saltó de su cama y corrió escaleras abajo, abrió la puerta de su casa y la cerró tras ella. El reloj se detuvo en 10. El mensaje desapareció. Ana se quedó ahí parada tratando de calmarse, sus pies temblaban y estaba sudando frío.

Su celular sonó de nuevo.

Había un nuevo mensaje. «Toma la pala de tu garaje». Y de nuevo, el número era 30. Negó con la cabeza.

No podía respirar.

Sentía la presión contra su garganta de lo que en su opinión eran cuatro dedos en el lado izquierdo, y uno en el derecho de su cuello. Le faltaba el aire. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Cuando la soltó, cayó al suelo tomando bocanadas de aire. Volteó a ver su teléfono.

19...18...17...16...

Se puso de pie y corrió hacia su garaje, tomó la pala y salió de nuevo.

«Segundo strike. Sigue la flecha».

Un mapa se abrió en su pantalla.

El reloj comenzó de nuevo.

Ella corrió.

La condujo al cementerio, y dentro de él a una tumba en particular. Sin nombre, sin fecha, sin más que una cruz dibujada con tiza en la parte superior de la lápida de piedra.

Por un momento, nada ocurrió.

Su teléfono sonó. Un nuevo mensaje.

«Sácame de aquí».

30...29...



# EN LA CARRETERA

**OSEAS DAVID PATZÁN CHAICOJ**

Campus Central

El maestro de obras da la señal. Un simple gesto con la cabeza es el que inicia el paro de vehículos. Los obreros, con sus pañuelos en la boca y nariz y con unos lentes cubriéndoles los ojos, fingen protegerse de las tormentas de polvo levantadas por la maquinaria pesada al derrumbar un cerro, mover montañas, rellenar barrancos; en fin, todo lo que puede hacer la fe y el dinero.

El primer vehículo detenido era el de la mala suerte, por poquito y pasa, si solo hubiera acelerado un poco más no tendría que esperar una o dos horas encerrado con el aire acondicionado, viendo cómo la ingeniería obraba milagros. El progreso necesita sacrificios, y esperar una o dos horas tal vez lo valgan.

Pero lo interesante de todo esto no es la ampliación de carreteras, algo normal por estos tiempos; lo interesante es la épica maratón que se emprende a la señal del maestro de obras, esa señal da el pistolazo de salida para que todos los atletas deambulantes comiencen a ir de carro en carro, tocando ventanas, cada uno con sus productos. «¡Manías! ¡Mangol! ¡Jocotes! ¡Aguas! ¡Cervezas!». Todo bien barato, llevado hasta la puerta del vehículo.

Berta, preparada para la batalla, lleva bien equipada su canasta con mangos y jocotes, su toalla en la cabeza y su delantal con sencillo. Tiene que ser hábil para poder superar los obstáculos que se encuentra en el camino, incluyendo a los otros vendedores. Una ventana se cierra antes de que ella llegue, oportunidad perdida; a la siguiente, el conductor ni siquiera la mira, desgraciado; la siguiente se abre, oportunidad pero tacaño. A lo lejos, ve que un conductor frunce el ceño cuando mira a la cuadrilla comerciante. Berta sabe que son pregoneros de malas noticias, anuncian que acaban de parar el tránsito, pero no importa, allí hay que llegar. Siguiendo vehículo: un bus, buenas oportunidades si logra ser la primera. Ve a su competidora más cercana, doña Chela, esa pobre señora con la hija mayor embarazada, ¡lástima!, pero Berta no se deja ablandar por eso, sabe que Josecito necesita sus zapatos, así que ¡vamos! ¡Una bolsa vendida! ¡Éxito! Al siguiente carro y al siguiente y al siguiente...

La blusa oscurecida por el torrente de sudor se pega al tórax de Berta, los ojos irritados empiezan a fallar, la boca seca no se sacia con una bolsa de agua, las piernas y los pies no dan para más, el cuerpo desfallece. Pero, ¿por qué no cae? El espíritu de trabajo de Berta esta tan acostumbrado a esto que el día que le falle lo hará definitivamente, no se reparará con un pequeño descanso; cuando caiga ya no se levantara, el cuerpo humano tiene sus límites y el de Berta es la muerte.

El duro sol del mediodía ilumina el polvo que se va asentando, el maestro de obras da la misma señal que antes y los obreros abren el paso. Los conductores encienden sus vehículos, se alegran de que al fin puedan pasar y se alejan dejando a su paso el espeso humo de la combustión. La maratón ha terminado, por ahora. Los vendedores se detienen y ven cómo avanzan los clientes. Los ojos ven pasar los vehículos y dramáticamente parpadean, sabiendo que tienen que regresar al punto de partida. Berta sigue a sus colegas, regresa atraída por la esperanza. Cuando llegue, volverá a esperar la señal del maestro de obras y comenzará nuevamente su maratón.

# LA LLEGADA

**DIEGO ALERTO BOY MANSILLA**

Campus Central

El gran templo de piedra no era más que un punto gris ahogado en aquel mar de árboles verdes en lo lejano del horizonte. Su cresta sobresalía por entre las copas de los árboles como una punta de lanza desafiando al cielo, y no había más rastro de la ciudad sagrada que el olor del humo arrastrado por los vientos del oeste.

El hombre apretó la lanza de madera con el puño derecho y se ajustó el carcaj al hombro. Sentía el roce áspero del cuero sobre su piel curtida por el sol, y el olor a tierra húmeda llenaba por completo sus fosas nasales. En lo alto, el sol se erguía orgulloso por sobre un cielo azul desprovisto de nubes, iluminando todo el bosque húmedo con rayos de luz dorados.

El hombre observó por última vez en dirección a la ciudad sagrada, recitó una corta plegaria al dios del sol y emprendió su camino hacia la playa. Su paso era ligero y ágil, sus pies apenas tocaban el lecho de lodo y hojarasca que cubría el suelo húmedo del bosque. Sus zancadas eran largas y seguras, y su mirada fija en el camino. Las aves trinaban en lo alto, y se escuchaba el chirrido de los insectos por debajo de los espesos arbustos coníferos, pero además de esto, el bosque guardaba un silencio respetuoso y antiguo. La respiración del hombre era pausada y rítmica, como imitando el canto de las aves sobre su cabeza.

Los rumores habían venido del sur un par de días atrás, y se habían esparcido como fuego por las ciudades cercanas. Nadie lo creía, y los altos sacerdotes eran muy supersticiosos como para admitir la llegada de los mismos dioses a estas tierras. El hombre debía de verlo con sus propios ojos. Debía estar seguro.

Los árboles frondosos que se apretaban en el bosque húmedo fueron desapareciendo poco a poco, dando lugar a altas palmeras con hojas amarillas y aplastadas. Las hojarascas y el lodo desaparecieron, y en su lugar los pies del hombre comenzaron a pisar finos granos de arena blanca. El olor a tierra mojada quedó atrás y sus fosas nasales inhalaron el aroma salado del mar.

Los arbustos y helechos se apretaban caprichosos alrededor de los troncos anillados de las palmeras, impidiendo la vista. Bastó un tajo limpio de la punta de obsidiana de la lanza para remover las hojas de sus troncos, dejando ver una espesa niebla frente a sus ojos.

El hombre se abrió paso a tientas, con la mano frente a él tratando de guiar el paso, aunque la visibilidad era prácticamente nula. La arena se metía entre los dedos de sus pies, y el único sonido perceptible era el choque violento de las olas del mar contra las rocas. Fue entonces cuando un fuerte viento barrió la playa completa, levantando la niebla y convirtiéndola en jirones esparcidos por el mar. El sol penetró las aguas nuevamente reflejando su luz dorada como un espejo, y entonces el hombre lo vio claramente.

Una enorme bestia alada emergía de entre los restos de la espesa niebla. Mantos traslúcidos como alas de murciélago impulsaban a la bestia por las aguas arremolinadas del mar. Un enorme cuerno remataba al frente, amenazante e imponente. Su silueta se hacía cada vez más clara conforme se acercaba a la playa. Debía ser tan alta como los templos de piedra allá en lo profundo del bosque, pues con cada metro que se acercaba se hacía más inmensa su silueta.

Y sobre la gran bestia, observó movimiento. Vio fuego, humo y tela con símbolos extraños ondear al viento. Escuchó el agua romperse tras su paso, y los escuchó a ellos. Escuchó voces, gritos y aullidos en una lengua extraña que jamás había escuchado. No era la lengua antigua ni la nueva, ningún dialecto hablado en las grandes ciudades. No era la lengua de los guerreros o los altos sacerdotes. No era la lengua de los dioses. Aquellos sonidos parecían venir del mismo Xibalbá.

Entonces lo supo. Aquellos no eran los enviados por los dioses, ni las profecías que recitaban día y noche los ancianos de la ciudad. Aquello era algo diferente.



# EL CAMINO DE LA VIDA

**VÍCTOR RENÉ TREMINIO PARADA**

Campus Central

Llevaban varios días observando las costumbres del lugar. Eran los responsables de portar noticias a Sequechul. Ellos eran ocho en total, contando desde los más jóvenes hasta el cacique mayor y su hijo.

Cuando salían todos a las calles, los indígenas no lo podían creer. «Parecen animales extraños» decían los calpules. Acxicuat los calló inmediatamente: ¿Animales? ¿Solo porque son distintos les tratas de animales?. Observaban todo sin que nadie se diera cuenta. Por cultura tenían gran respeto por las cosas, era de esperar lo mismo por los hombres. Mira esas ropas que cubren el cuerpo de un solo color. ¿Por qué se uniforman como si ser diferentes fuera malo? ¿Acaso se avergonzarán de verse desnudos? ¿Tanto miedo les dará la libertad de ser humanos?. Todos voltearon a ver a Jiutemal, el indígena más irreverente de todos ellos. No conoces los dioses de esta raza, ni su historia para juzgarlos. ¿Por qué ahora quieres imponer tu mentalidad como si fueras superior?, le replicó Ricab, que era el mayor de ellos.

De pronto, sin querer se acercaron a un comercio de españoles. Una venta de armas de la península. ¡Vengan por sus armas, las mejores de todo el reino! gritaba el mercader. Al ir observando las funciones de esa tecnología, no podían concebirlo: «Hemos inventado armas para defendernos de las bestias, pero parece que estos enfrentan bestias más poderosas que nosotros. Utilizan armas capaces de exterminar vidas enteras. Esas cosas podrían matar hasta a su propia gente» dijo Acxopil, un poco asustado: Estos tienen de enemigos a los dioses y con esas explosiones intentan matarlos. Creo que tiene razón, siguió Jiutemal, «llevan

tiempo orando a aquel Dios crucificado para que no tome venganza por haberlo matado». ¿Y nosotros por qué no les mostramos la benevolencia de los dioses del maíz y de los ríos sagrados?, aconsejó Acxopil. A lo mejor dejen las guerras y labren la tierra por amor a sus hijos y mujeres. No, respondió Ricab, no podemos imponernos por más convencidos que estemos de ello. Respetar al dios de un hombre es respetar al hombre delante de Dios. No podemos cambiarlos, solo comprenderlos.

No estoy de acuerdo, replicó Jiutemal subiendo de tono: ¿Qué dioses querrían esto? ¿Qué clase de personas actúan como estos animales? Mira, ¿o estás carente de la vista? Mientras unos están banqueteano en sus reinos, otros están mendigando migajas para saciar la hambruna. Nuestros dioses nos dieron la tierra para todos, por lo tanto, quiere comida para todos. Su Dios prefiere a sus mejores vestidos de ropajes encima. Esos aman sus platas circulares como si tragarlas les llenara el estómago. Todavía no saben que morirían si se tragaran esos papeles. Con la mirada fija en ellos, Ricab prosiguió: ¿Acaso somos tan distintos? Permitimos que se pudra la comida y que nuestras mujeres no ejerzan liderazgo sobre nosotros. No negaré que los hombres de sangre azul se fascinan en sus bellos espejos, pero es porque no han visto su reflejo verdadero en los ojos de los de su raza. Se matarán con el tiempo. O lo que es peor, saldrán de aquí y llegarán a buscarnos hasta el confín del mundo para matarnos o explotarnos... ¡Hay que evitarlo! interrumpió Acxopil: somos más y conocemos mejor el terreno. Exterminemos a los de su raza y evitemos la desgracia de nuestra gente. ¡Exultaremos nuestros nombres a lo largo de las generaciones! «No lo haremos», corrigió Ricab, empezando a dar unos pasos de regreso. Solo demostraremos que el ser humano es más bestia cuando mata que cuando se deja matar. Es mejor sufrir las injusticias que realizarlas. Quizás lloraremos por siglos, pero la nobleza del corazón indígena brillará en toda la historia, más que el oro máspreciado. Los dioses nos mirarán con gozo y nos recogerán en el seno de la Pachamama-Madre Tierra. Volvamos a casa, aquí no hay nada que evitar.

Justo cuando ya se marchaban, el niño más pequeño llamó a su padre y le dijo: Tata, ¿si nos vamos es porque los hombres de sangre azul son superiores a nosotros o nosotros somos superiores a ellos? Con una sonrisa, Ricab lo chineó con ternura y contestó: Hijo mío, el camino de la vida me ha enseñado que el color de la

sangre de los dioses es el mismo color de los ríos sagrados y del maíz. La raza superior es la que se parezca más a ellos. La que vea la tierra para todos, la comida para todos y la vida de todos. La raza que pudiendo responder con violencia escoge siempre la paz, sin siquiera dejar de luchar por la justicia.

Fue así como los indígenas llegaron primero a Europa, pero nadie se enteró jamás. La historia no nos quiso contar su versión.



# EN SU ESPEJO

**EDNA JIMENA AGUILAR RODRÍGUEZ**

Campus de Quetzaltenango

Un único sendero, muy largo y angosto, que se acorta al infinito, solitario, vacío. En cada uno de sus lados, repartidos con una asimetría irritante, gigantescos árboles envejecidos, con hojas tan blancas, tan puras y tan intactas, que se escurren de ramas delgadas, inclinadas, rectas, curvadas, hechas de hielo, de agua congelada por un inquietante frío tenaz, provocado por suspiros que aparentan ser profundos, pero nunca logran la satisfacción de auténticamente haber inhalado existencia; el oxígeno suficiente para poder correr, caer, perdonarse y ser... ¡No! Solo sobrevivir.

No se logra distinguir el cielo, un clásico cielo añil que invite a volar para alcanzarlo. En los intersticios de los árboles y el sendero solo quedan espacios de gris incierto, que no permiten ver el horizonte o tan solo soñar con que existe algo mas allá, algo más allá que la asfixia de no tenerme. No estar y estar, o al menos intentarlo...

A veces, se logra distinguir una sombra, una silueta inquieta, que recorre el sendero, ida y vuelta, reaparece cansada y empieza a caminar entre los agrietados troncos de los árboles viejos. Sin rostro, sin razón, casi flotando... se puede distinguir que su andar busca algo que jamás encuentra.

La sombra se acerca, estrenando una ocasión para conocerla. ¡Qué curioso juzgar a la nada de su presencia! Parece que va a hablarme, muda y chillante. Fija su mirada en mis ojos, provocando un escalofrío que me recorre el alma.

—¡Hola!

Con honestidad, esperaba algo más relevante. Le respondo con la misma sencilla expresión: ¡Hola!

—¿Qué estás viendo?

—Nada...

—¡Mientes! Tú siempre te mientes.

—Eso no es verdad, yo soy lo que ves.

—Tú no eres lo que veo, eres lo que ves.

«¿Yo soy lo que veo, una sombra perdida en el invierno?», pienso.

—Llevo muchas vidas investigándome, tratando de salir de esta apatía, buscando la libertad que me daría encontrarme... Las alas me serán conferidas cuando dejes de permanecer en una vida que no es tuya y reconozcas ¡que tú eres yo! Lo que ves.

El cielo volverá a ser azul y yo a respirar de nuevo.

Empieza a llover en aquel gélido lugar, la sombra se escapa caminando con dificultad y a prisa, desaparece al final indefinido del sendero. Las lágrimas desesperadas no permiten verme.

¿Cómo puedo explicarme que estoy siendo, sin serlo?

¡Alto! Alguien viene, la cátedra va a empezar, tocan la puerta, —¡enseguida voy! — digo, como siempre. Me coloco los anteojos, corrijo el maquillaje y estoy lista, hablaré ante un enorme público, sobre los sueños.

— ...y todo eso sucede cuando voy al espejo, a buscar mi reflejo y solo logro contemplar el único sendero, rodeado de árboles viejos — dice la sombra.



# POESÍA

**Asalto de cuna**, Luisa Fernanda Urbina Orellana

**Fugitivos**, Gabriel Alejandro Fuentes Sandoval

**Me pareció haberte visto**, José Javier Gálvez

**Lúcida desesperación**, Alejandra Aracely López Lutín

**Pasaje de rosas blancas**, Andrea Regina Reula Aparicio

**Al fin y al cabo**, Jonathan Ricardo Samayoa Martínez





# ASALTO DE CUNA

**LUISA FERNANDA URBINA ORELLANA**

Campus Central

Un asalto de cuna,  
es eso que le hacemos a los niños.  
De todas las ciudades,  
de todos los colores,  
de todas las edades.

A veces vestimos verde camuflaje,  
otras azul marino,  
o peor aún, vestidura común.

Llegamos en aviones  
o llegamos electos.  
Justificándonos,  
fingiendo protección,

asegurar la paz,  
la correcta gobernabilidad  
y erradicar el hambre.

No conocemos sus nombres  
ni sus rasgos distintivos,  
menos sus intenciones de qué ser  
cuando sean grandes.

Pero sabemos lo que hacemos,  
para lo que nos han formado.  
Pero sabemos ejecutar,  
lo más inicuo de la vida.



# FUGITIVOS

**GABRIEL ALEJANDRO FUENTES SANDOVAL**

Campus Central

Cargo con treinta piezas de plata,  
—balas perdidas que me encontrarán—  
frutos prohibidos, pecados en lata,  
y esta bandera color azafrán.

Mientras desespero por no hacer ruido  
en la ruina vacía que es mi habitación,  
se delibera entre tu nombre y el mío  
la dulce condena para una mala elección.

Por saber desencadeno más penas,  
y si vislumbro en historias ajenas  
consejos apócrifos, jamás los diré.

Cuando la justicia nos traiga cadenas,  
nos mudaremos a otras escenas;  
lo que está en juego es lo que nunca aposté.



# ME PARECIÓ HABERTE VISTO

**JOSÉ JAVIER GÁLVEZ**

Campus Central

Anoche, entre el insomnio y mis pesares, me pareció haberte visto

En la ventana, y al fondo, a la derecha

En la única estrella del firmamento que brillaba

En la paz que transmitía, la calma, la vida.

Sí, me pareció haberte visto,

Cuando la noche no perdonaba mi sueño,

Cuando la luna se burlaba de mí

Cuando la vida no era vida.

Me pareció haberte visto, y sonreí

Porque la luna callaría,

Porque tu estrella estaba ahí

Y dormí.

Y entre mi sueño profundo y mis cantares, me pareció haberte visto,  
En el canto de las aves,  
En los rayos del sol,  
En la paz que transmitía, la calma, la vida.

Sí, me pareció haberte visto,  
Cuando lo que nunca había imaginado rozaba mi piel  
Cuando el sol me sonreía,  
Cuando la vida era más que vida.

Me pareció haberte visto, y desperté,  
Sonriente y agradecido,  
Porque sabía que al despertar te encontraría,  
Y tu sonrisa viva valdría más que cualquier sueño.

# LÚCIDA DESESPERACIÓN

ALEJANDRA ARACELY LÓPEZ LUTÍN

Campus Central

¡Cómo quisiera creer la mentira de la anciana

Que solía poner a su verdad una cortina!

Y tan triste el resarcimiento

En su vieja memoria acaecía.

Hay calidez en el corazón del hombre que huye del conflicto

Mas hay indiferencia en el que alienta la mundana crueldad.

¡Sea la luna partícipe de la codicia!

Pero también espejo de la vieja sabiduría que posee el Sol.

¡Cuánto me gustaría resguardar su inocencia en lo profundo de la razón!

Pero tarde es para el corrompido corazón

Que amigo es de la mentira y enemigo es de la razón.

¡Sí que le pesan los años, pobre y desdichada corazonada!



# PASAJE DE ROSAS BLANCAS

**ANDREA REGINA REULA APARICIO**

Campus Central

Un día más amanece el cielo cubierto por nubes monzónicas,  
como si de un ritual se tratara, se consagra la primavera;  
se llena la ciudad del color de las sombrillas que sincrónicas  
floreceden sobre los peatones y sobre nosotros, cuando salgo de casa.

Olvidamos las nubes porque dentro nuestro brilla un sol incansable  
gritos de alegría recorren de ida y vuelta la Plaza de la Constitución;  
Guatemala sale a las calles a exigir justicia, para solventar lo imperdonable,  
y nosotros, los dos, somos historia inminente, espectadores del cambio.

Las almas de viejos caciques inamovibles se conmueven  
al encaminarse por el improvisado pasaje de rosas blancas.  
Entre todos despojan de su álgido manto de impunidad  
a aquel que un día lo tejó con promesas que parecían francas.

Nuestras miradas se pierden en un cielo hecho bandera,  
misceláneo donde se hacinan pensamientos, hasta ayer utópicos  
a la vez que las calles inventan una pareja de versos instantáneos  
que se hacen poesía al caer sobre nuestros encuentros escópicos.

# AL FIN Y AL CABO

**JONATHAN RICARDO SAMAYOA MARTÍNEZ**

Campus San Roque González de Santa Cruz, S. J. de Huehuetenango

Al fin y al cabo, todos esclavos del amor  
Navegantes confundidos y perdidos  
Después de todo, todos cometemos un error  
Y volvemos tristes al lugar donde nos han herido.

Solo somos poetas deprimidos,  
Solo somos seres despreciados,  
A veces solo somos seres perdidos,  
Y otras veces somos corazones extraviados.

El viento tenue va y viene,  
La luna jactanciosa suele reírse de mí,  
Las estrellas brillan solo cuando les conviene,  
Y mi poesía solo viene cuando pienso en ti.

Las ideas van fluyendo cada día más,  
Tu recuerdo se esconde como fugitivo de mi mente,  
Quisiera verte y admirarte un poco más,  
Y escribir sobre nuestra historia constantemente.

Todos somos pequeñas almas prisioneras,  
El amor nos hace ser viles e indiferentes,  
Todos somos aves carroñeras,  
Buscando cariño en todo, menos en nuestras mentes.

Somos simples y desafortunados poetas,  
Llenos de rimas y vacíos del corazón  
Vacíos como mísero cantante  
Que canta de amor y no lo siente.

Una intrusa en mi corazón,  
Una desconocida en mi alma,  
Como el agua es a Tritón,  
Como paz a la calma.

Un pez nadando en lava,  
Una basura en el desperdicio,  
Yo que tanto te buscaba,  
Y terminé cayendo al precipicio.

Al fin y al cabo y siendo muy sinceros,  
Creo que nunca llegaremos a comprender nuestra existencia,  
Tampoco estoy seguro que esto del amor, Eros,  
Sea meramente una coincidencia.



Esta publicación fue impresa en los talleres gráficos  
de Industrias L. H., en abril de 2019.  
La edición consta de 100 ejemplares  
en papel bond crema de 80 gramos.



EDITORIAL  
**CARA  
PARENS**  
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR



Universidad  
**Rafael Landívar**  
Tradicón Jesuita en Guatemala